



Luego, cuando los hechos se manifestaron abiertamente irreversibles, investidos de todo el esplendor de su poderío — y ataviados no del chándal un poco raído con el que practicaban footing los días de fiesta por la mañana en el parque, ni del batín con borlas y las zapatillas de franela a cuadros con que podía verlos la sirvienta mientras se desayunaban en los días de labor sentados a la mesa de la cocina (eran unos hechos cercanos, familiares, que en la intimidad gustaban de la sencillez y de aspirar los aromas de los fogones en los que se empezaban a cocinar ya de buena mañana platos suculentos un poco, tal vez, en exceso especiados) sino del traje Armani confeccionado a la medida y de los zapatos italianos reservados para los actos solemnes — todo el mundo quiso arrogarse el protagonismo de haber estado allí, en primera fila, siendo testigo de excepción de un suceso que no habría tenido por qué revestir la menor importancia ya que era, según todas las apariencias, de índole menor — aunque este particular hubo de quedar por lo pronto en suspenso ante las airadas protestas (que se admitieron, por cierto, contra todo pronóstico y en el acta está por si alguien tiene la curiosidad de echarle un vistazo) de los que adujeron que no era a las apariencias a lo que estábamos juzgando — habida cuenta de que consistió en algo tan cotidiano como lo es (y quién no ha vivido la experiencia alguna vez) el que un despertador no funcione.

No según las apariencias, por tanto y sí empero por el mucho empeño que pusieron en insistir (porque insistieron, aunque no se reflejó en el sumario por entender que podía resultar reiterativo) los que aducían, ni debido o desencadenado por algo tan genérico “como lo es (la frase fue repetida hasta la saciedad en todos los idiomas y diferentes tonos, por activa y por pasiva, en los mercados y en los colegios y en las iglesias, por voces tan disonantes cual pudieran serlo las de las verduleras o las de las profesoras de primera enseñanza o las de los clérigos; omitiendo, empero, lo de la experiencia y pasando, asimismo, por alto quién la había vivido y quién no porque nos hallábamos, no convenía olvidarlo, ante un acontecimiento de trascendencia universal y no era cosa de andar deteniéndose en minucias ni en ésta o aquella anécdota personal) el que un despertador no funcione” sino por algo tan infinitamente más concreto como vino a resultar el serlo el que el despertador personal de la señorita Susi se negase a cumplir su cometido justo aquella mañana en que tenía el señor Cremades que pegarse un madrugón de padre y muy señor de la tía

soltera de la del tercero¹; fallecido, [se comprendía](#), por mucho que el señor Cremades se comportara como si tal cosa — tratándolo con exquisita cortesía cuando llegaba en punto y con algo menos de amabilidad, pero jamás de manera incorrecta, cuando lo pillaba con el pie cambiado — [y saliera](#) por la puerta de atrás porque con la ventana (un quinto piso de techos altísimos) no cabía el poder contar.

Y es que — todo el vecindario lo sabía — el despertador personal de la señorita Susi era muy caprichoso, según unos, y según otros tan sólo lo bastante difícil de manipular como para permanecer inmutable ante las cortas habilidades de los más torpes.

Ella, a pesar de todo, en treinta y cinco años no podía decirse que tuviera ni la menor queja de él; ni la más insignificante de las quejas y, eso lo declararían la señorita Susi allá dónde fuese necesario declararlo sin perjuicio de que “otros” — Susi, la señorita, siempre pronunciaba este “otros” con un algo de [tonillo despectivo](#), aun sin dejar de admitir muy para lo más celosamente guardado de sus adentros que sus derechos tenían por más que, para ella, se convirtieran en “reveses”— estuvieran haciendo correr determinados e irritantes bulos alusivos a su algo más que dudosa procedencia porque, murmuraban, su abuelo — un infame negrero, además, por otra parte; decían también — lo habría adquirido, seguro, en algún baratillo o fuera nadie a saber si no, incluso, [de contrabando y sin ningún tipo credenciales](#), ni documentación, ni garantías, ni nada de nada.

Pero, empezaba a temerse a estas alturas Susi, la señorita — el reloj de la biblioteca terminaba de marcar tan puntual como solía las 4:59 P.M. —, que no le iba a merecer la pena preparar un alegato sesudo y bien estructurado a favor de su viejo despertador porque hoy tampoco la iban a citar a tiempo.

Se limitó, pues, a mirarlo con expresión desolada, musitar un apenas audible “¡cómo lo siento!”, y arrojar el borrador a la papelería.

¹ Primer tropiezo, en rigor, si hemos de atenernos a de quién han sido de toda la vida y según su orden natural los padres y muy señores. Sin perjuicio, principalmente porque se consideró en la primera vista oral circunstancia meramente accesoria, de que la mencionada tía de dicha señora no tuviese ni idea de estar en el deber y en el derecho de comparecer.

Caminó luego pasillo arriba lamentando, en el más recóndito de todos sus fueros, que no fuese circular y se evitaría — de ese modo — la bajada ya que a la señorita Susi el subir no se le daba mal, pero siempre había padecido de vértigo y, cuando se veía a la imponente luz de las arañas de bronce y cristal de Murano en la necesidad de descender — de peldaño, de estatus, de las nubes —, la asaltaba la aprensión de que iba a perder pie.

Regresando de la mesita consola con su búcaro provisto de las inveteradas margaritas que “en esta casa nunca faltan” guarnecida... — no, no era “guarnecida”, y a la señorita Susi la sacaba muy de sus casillas no encontrar para cada lugar y cada cosa una palabra adecuada que, por otra parte, sabía estar teniendo invariablemente en la punta de la lengua *qué rabia*; viose, por tanto y de reajo en el espejo del perchero, obligada a volver a subir (tres baldosas y media, casi cuatro) a ver si era allí, justo en el punto en que tuviera la sensación de atascarse, donde... “¡¡flanqueada!!!”²—, flanqueada por, a su derecha, el paragüero y, a la izquierda, la aspiradora, sintió un extraño palpito, una no sabía qué premonición de que se avecinaban unos problemas que, si las cosas estuvieran siendo como debían ser y como siempre, no habrían tenido la menor posibilidad de hacerse un hueco, ni aun pequeño, en un barrio que de toda vida se había llamado “residencial”.

La señorita Susi no quiso saber, no tenía ganas de ponerse a discurrir qué estaría haciendo a las... — al pasar por delante del boudoir había alcanzado a ver cómo el reloj, tan puntual como solía, marcaba las 4:36 P.M. junto a los perfumes y un frasquito de esmalte, para las uñas, sobre su tocador—, a las 4:35 (y no porque la señorita Susi fuera negligente o con tendencia a redondear sino porque así eran las cosas) la aspiradora allí, como un pasmarote.

Sentía calor. Sin poder concretar **unas causas que se le escapaban**, sentía un calor tremendo.

Le habría gustado — a la señorita Susi, por supuesto; a quién si no cuando no estaba habiendo nadie en los contornos inmediatos que pudiese gozar (o padecer) de un abanico de gustos, tendencias, querencias,

² Que se lo repitió para sí un par de veces y, no satisfecha, lo grabó en rojo en su memoria para que nunca se le volviera a olvidar.

inclinaciones, aficiones y un largo etcétera de... — ¡maldita fuese!, y la Señorita Susi se mordió contrariada, muy contrariada, el labio porque... {miró en derredor buscando algo que, a su pesar (y a puro ojo pero denso, sólido, contundente presionando sobre su pecho como una enorme losa) no encontró y hubo de conformarse con tasar en como quilo y medio más o menos} — un largo etcétera... (la señorita Susi cerró los paréntesis, los corchetes³ y la puerta del cuarto de la plancha dedicando una mirada desabrida al tirador para, acto seguido, abrir nuevos paréntesis pero no la ventana del salón) , *un largo etcétera de qué...*

Optó, ante la evidencia de tantos inconvenientes, por cortar por lo sano y reconocer de un tirón y sin más circunloquios ni evasivas encubiertas por guiones ni corchetes ni paréntesis que no había nadie en los contornos inmediatos a quien pudieran gustarle las mismas cosas que a ella. Y punto pelota...

La señorita Susi tomó aire.

¿Dónde estaba ella?

— ¿Dónde estabas tú, Susana, cuando...? — Se preguntó.

— ¡Y yo qué sé! — Se contestó al tiempo que propinaba inquieta una patadita a la mecedora que, aun en su supina ignorancia de las leyes de la física, se balanceó.

— Vamos, Susi — cuando se quería mostrar persuasiva para consigo misma o no terminar, por lo menos, enfadándose utilizaba el diminutivo con que su “otro yo” trataba si la situación se empezaba a poner tensa de camelársela —, tienes que saberlo...

— ¡Ya lo sé!

— ¿Has visto como sí?

³ Marcados también en rojo para que no se le pasaran, esquivos y taimados como han sido los corchetes de siempre, por alto o — como segunda posibilidad — le quedasen a trasmano.

– Susana — porque, y su “otro yo” bien lo sabía, cuando no estaba para contemplaciones era, pesara a quien pesase, Susana a secas —, por favor, no me pongas frenética.

Pero volvió, como llevada por no sabría precisar qué arraigada querencia, a rebuscar con disimulo entre las entretelas del más recóndito de todos sus fueros intentando localizar el punto — no exacto, pero tan pronto reconociese (de eso sí que tenía bastante certeza) algún atisbo por remoto que fuese de tal sensación o cuál nostalgia se haría una composición de lugar bastante aproximada, seguro — en que le habría gustado algo.

Y lo localizó; sí. Allí, tan cámpate, tan esbelto, tan cómodamente instalado frente al televisor que, algún día... Pero no estaba ella para televisores a (el reloj de la salita terminaba de dar, tan puntual como solía, las 4:29 P.M. exactas) “estas horas de seriales”.

– Sentía calor — le hizo saber, en tono contenido de mandíbulas apretadas. Y abriendo con lentitud provocadora el abanico que tomase de encima del taquillón de roble agregó —; por alguna causa sentía calor. Pero ya no es necesario que te molestes. Déjalo.

– Estás menopáusica.

– Eso no — replicó con viveza, cerrando el abanico y volviéndolo a abrir para darse ahora aire muy deprisa —, que termino de echar la cuenta.

Y, señalando a la mujer en el sillón de al lado con un gesto despectivo de su barbilla: “Y sin necesidad de esa zángana”.

– De todas formas — él — por cinco minutos escasos habrías podido... porque el capítulo se termina a y media, quedar como una señora.

Y en efecto el reloj del recibidor marcó, tan puntual como los relojes de “esta casa” solían, las 4:25 P.M. exactas.

– ¿Y quién quiere, a estas alturas, ser ninguna señora?

Y fue “ahora”, ahora que abanicándose frente al ventilador ya podía más o menos centrar en su memoria el hecho de que le habría gustado algo en el intervalo que mediara entre sentir un extraño palpito ,

primero, y propinar luego la patadita a la mecedora que aun en su supina ignorancia de las leyes de la física se balanceó, “ahora” exactamente cuando logró la señorita Susi — *Susana, y no intentes hacerte la tonta, se* reprendió, que *no me engañas* — serenarse y, algo más tranquila, hacerse la ilusión de que se enfrascaría en recapacitar largo y tendido acerca de qué exactamente pudo ser aquello que le habría gustado cuando, regresando pasillo abajo, sintió cal...

Pero...

La señorita Susi cerró el abanico y dedicó una mirada interrogante — asaltada, por cierto, y de repente, por la duda (que ella supo esquivar sin mayor dificultad y por fortuna) de si no estaría siendo “interrogadora” o “interrogativa” — a la consola del fondo del pas...

– Susana, por favor, concéntrate. Concéntrate Susana por favor porque si la consola está en el fondo del pasillo y tú baja...

– Pero, Susi — cargado de paciencia su “otro yo” —, ¿y eso qué más dará?

– Pues da.

– ¿Cuánto dará?

– Pues...

Y la señorita Susi suspiró como siempre que se veía forzada a, como ella decía, “tragarse una unas contradicciones del todo indigeribles sin masticar”.

Y, como siempre y tras suspirar como siempre (siempre que se ponía nerviosa la señorita Susi discurría con escasa fluidez, y se atascaba, y se repetía una misma palabra dos, y hasta tres veces), como siempre que se veía (y hasta cuatro) forzada a, como ella decía, “tragarse una unas contradicciones del todo indigeribles sin masticar”, terminó por rebelarse y girándose hacia el hombre se le encaró:

– ¿No lo encuentras ilógico?

– No lo he buscado.

– Qué gracioso —. La señorita Susi contempló por un momento la posibilidad de colocar admiraciones; pero como no se sentía con ánimo de imprimir a sus palabras el tono sarcástico a que ello la habría obligado desistió y optó por un, mucho más accesible, tono cansino.

– No forma parte, que yo sepa, de mis atribuciones el ser gracioso.

– ¡“Que yo sepa”!

A la señorita Susi se le escaparon con los nervios no sólo las admiraciones sino, y por añadidura, un juego completo de comillas a las que {tan cansada, tan harta como estaba aunque ello implicase (pero una vez metida ya en harina qué importaba) nuevos corchetes y otra vez paréntesis} se resignó y, con risita ahora sí sarcástica porque ya que estaban (las admiraciones) por qué no utilizarlas, agregó:

– ¡Como si tuvieras una pizca de seso!

– Si tuviera seso imaginaría que tenía que haberme vuelto loco hace ya muchos años.

– ¿Cuántos años?

– Pregúntaselo a ella.

Y la mujer— a la que tentada estuvo de tildar de “fría y calculadora” pero se contuvo entendiendo que podía (ello) ser interpretado como un chascarrillo facilón en el que *no me da la gana (pues porque no soy una señora, acuérdate) de incurrir* —, desde su sillón, respondió sin pestañear y con viveza “treinta y siete”.

La señorita Susi estuvo a punto de pensar que aquello hubiese debido resultar sorprendente en un mundo no tan; pero se dominó, aun no dejando de reconocer que debiera, porque... ¿para qué pensar algo que no iba a tener una utilidad?

Y es que la señorita Susi era, lo había sido desde allá donde le alcanzaba la memoria tras el estirón de la pubertad, una mujer de

temperamento práctico y, desde más allá, desde donde la memoria ya estabilizada no le alcanzaba ni aunque desoyendo las amonestaciones de su dueña instándola a “baja de ahí, vas a caerte” se empinase encaramada a la silla de la cocina, una criatura inconformista y hasta cierto punto taciturna y desarraigada o esquiva que supo eludir — afirmaban los menos desvencijados o maltrechos componentes de su entorno vital — todo planteamiento que a su muy particular modo de ver la realidad (o incluso de no verla pero sí de, en lo que pudiera llamarse “una primera toma de contacto con el objeto o entidad a percibir”, tomar consciencia de ella por medio de cualquiera de los sentidos incapaces de detectar una forma o un color pero sí de columbrar una textura o un olor o un sabor) implicase, ni medio de soslayo, el asumir que pudiera resultar aconsejable el desprenderse de determinadas premisas no homologadas por los estigmas de la razón por menos (y algunos lo eran poquísimos) traumatizantes que estos pudieran antojarse al más desenfadado de los criterios a contemplar ya fuese desde el estado de vigilia ya desde el de una leve somnolencia motivada por algo tan eventual como el haber, con motivo de algún tipo de celebración, tomado una copita de Jerez de más...

¿Pero cuándo había sido la última vez que Susana y los suyos celebraron algo?

Recordaba, eso sí, que en aquella “última vez” y siendo apenas una adolescente tuvo que sufrir la humillación — la madre de la señorita Susi, “Susana” por entonces, era una mujer tan exasperantemente llana, sencilla, y le importaba tan un comino reconocer sus carencias que le había insistido en “anda, ve; dile que será nada más un momentito” — de ir a casa de los vecinos en demanda de un sacacorchos; y que al preguntar ruborizada y con voz temblorosa al chico que le abrió la puerta si había allí uno él le respondió con un juego de palabras; y que ella, atenta tan sólo a cumplir el encargo, pasó por alto la sonrisa del chico, e ignoró lo que otra no quizás tan agraciada pero sí menos insegura hubiese interpretado como un requiebro; y que le había contestado que no, que su madre había dicho “sacacorchos” y que la botella era de Jerez y...

Pero si se paraba a evocar aquella situación tan desairada cabría, aunque hubiese que meterla a empujones — y la señorita Susi no era tan tonta como para no darse cuenta del riesgo a que se vería expuesta aun en el supuesto, que también contempló, de que fuese muy pequeña o sus tocayas tan amables como para hacerle un hueco de buen grado y sin

necesidad de forcejeos —, la posibilidad de que el hilo de sus pensamientos se enmarañase de tal modo que ya no fuese capaz ella, Susana, de poder discernir cuál de los derroteros esbozados tan a vuela pluma por su mente sería el más idóneo para, con la ayuda de Dios, conducir su discurso a buen puerto o, por lo menos y si Dios no se mostraba dispuesto a echarle una mano, a algún punto en el que — sin tener que lamentar la ausencia de conocimientos en el arte de la navegación, en el que era la señorita Susi del todo profana — poder quedarse al paio en espera de que sus ideas se aclararan.

Y zanjó el tema — ya vería cuando tuviese un momento de sosiego para poder reflexionar si por cerrar un paréntesis o por no tenerse que ocupar de un nuevo frente abierto — con algo tan expeditivo como que debió de ser el día de su decimoquinto cumpleaños, y bajo el argumento de que si la botella estaba cerrada la culpa no pudo tenerla ninguna copita de más.